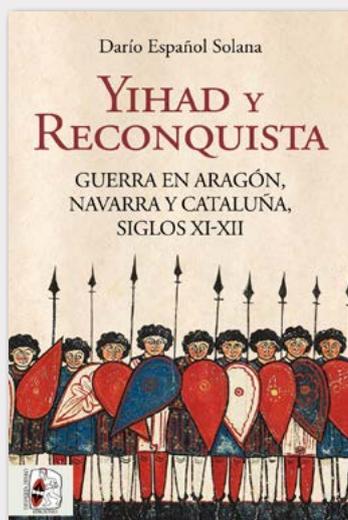


## La Reconquista en Aragón, Navarra y Cataluña en la Plena Edad Media

**Razias, cabalgadas, asedios, frágiles alianzas y fronteras inestables. La primera narración integral de la guerra para controlar el valle del Ebro desgrana el empuje cristiano y la resistencia musulmana, desde los ejércitos y las operaciones hasta la mentalidad y la organización militar de ambos bandos. Un renovado estudio del poder y la guerra en el Medievo peninsular.**



**Yihad y Reconquista.**  
Guerra en Aragón, Navarra  
y Cataluña, siglos XI-XII  
978-84-128068-3-0  
544 páginas + 8 en color  
15,5 x 23,5 cm  
Rústica con solapas  
P.V.P. 28,95 €

La Plena Edad Media constituye el periodo de mayor actividad bélica de la historia peninsular, un periodo infausto y épico a partes iguales en el que cristaliza el empuje de los reinos cristianos y la expansión feudal frente al menguante poder musulmán, al que, sin embargo, insuflará nuevos bríos la irrupción de los imperios norteafricanos de almorávides y almohades y su renovación de la yihad. Un periodo, analizado por Darío Español Solana en el libro Yihad y reconquista, que a menudo se ha narrado privilegiando el acontecer en los territorios centro-occidentales de la Península, cuando precisamente el nordeste –lo que grosso modo sería Navarra, Aragón y Cataluña– constituye el crisol militar más abigarrado de todo el sur de Europa a partir del siglo XI. Un vórtice vertiginoso y violento en el que más de una decena de Estados feudales e islámicos giraban sobre sí mismos bajo fuerzas centrípetas y crearon unos modos de concebir y hacer la guerra que fueron, en cierto sentido, distintos a sus formas homólogas en el resto de la piel de toro. Yihad y reconquista es un relato vibrante y renovado acerca de la política y la guerra en los señoríos y reinos cristianos y musulmanes del tercio oriental peninsular durante los siglos XI y XII, desde el desmembramiento del califato hasta la creación de la gran Corona de Aragón a horcajadas de la cordillera Pirenaica. Pero es mucho más, puesto que este libro incorpora renovadores análisis de amplio calado en torno a la organización y las estructuras de los ejércitos cristianos y musulmanes, la geoestrategia, la financiación de la guerra, la logística y la inteligencia, las estrategias expansivas y defensivas o las operaciones en el medio táctico. Cabalgadas y razias, castillos y asedios, alianzas tornadizas y fronteras fluctuantes, en un convulso periodo que vio cómo el empuje cristiano se desbordaba desde los Pirineos hasta el Ebro, para voltear el equilibrio de poder entre cristianos y musulmanes y cambiar definitivamente el mapa de la península.



**Darío Español Solana** es doctor en Historia Medieval y profesor en el Departamento de Didácticas Específicas de la Universidad de Zaragoza. Sus investigaciones se centran en el estudio de la guerra en la Plena Edad Media, en la recreación histórica y la arqueología experiencial. Es el mayor experto en recreación medieval en España, además de investigador experimental, especializado en la caballería de guerra de entre los siglos XI y XV. Como emprendedor, ha producido y desarrollado proyectos de difusión y transferencia de conocimiento en toda la geografía nacional y en otros países de Europa.

En librerías el miércoles 24 de abril. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

### Contacto y entrevistas:

Guillermo Escribano Jara - Comunicación

Tel. 616 404 434 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



# LAS CLAVES DEL LIBRO

Una **novedosa narración integral de la Reconquista en Aragón, Navarra y Cataluña** en la Plena Edad Media.

---

Un **estudio minucioso de las formas de hacer la guerra el Medioevo**: desde la composición de los ejércitos y las operaciones, pasando por las tácticas hasta la mentalidad y la organización de cristianos y musulmanes.

---

Un **renovado análisis** acerca del vasto y abigarrado noreste peninsular, un territorio clave para entender la Edad Media hispana.

---

Un **completo compendio de las complejas operaciones militares** que marcaron el empuje cristiano desde los Pirineos hasta el Ebro.



## DOSIER DE PRENSA



## SUMARIO

### *Yihad y Reconquista explicado por Darío Español Solana*

#### **EN POCAS PALABRAS**

Este libro aborda la historia de la guerra peninsular en la Plena Edad Media a través de una triple y novedosa perspectiva. Por un lado, el choque militar entre cristianos y musulmanes en el sector oriental de la Península Ibérica, en los actuales territorios de Cataluña, Aragón y Navarra, pero también en el Levante, La Rioja o Castilla, con atención a la Occitania del Midi francés; una construcción historiográfica que hasta este momento carecía de estudios de conjunto, analizando incluso si el concepto de Reconquista aplica para un territorio que apenas mostró intención alguna en restaurar un orden visigodo precedente. Por otro lado, la contribución de modo general al conocimiento del pasado militar, por cuanto el estudio de estos procesos bélicos se ampara en nuevos planteamientos acerca de las estrategias empleadas y las tácticas desarrolladas, con atención también a la logística, la geoestrategia y la organización militar. Y, finalmente, al modo genuino en que los estados orientales desarrollaron estas dimensiones en los siglos XI y XII, pues no debemos olvidar que durante este periodo más de una docena de estados independientes bosquejaron el teatro de operaciones más complejo del periodo, no solo de la península sino de toda Europa, cuyo estudio es fundamental para entender la guerra en este momento.

Tradicionalmente se ha definido la sociedad hispana medieval como una sociedad construida para la

guerra, pero esta descripción se antoja incompleta. La sociedad de los hispanos de este periodo, tanto cristianos como musulmanes, se organizó en realidad sobre la sustracción de la propiedad ajena, y por tanto de la riqueza; algo que implicaba el uso de la violencia. Pero no crea el lector que esta reflexión conlleva una sociedad naturalmente bárbara o incivilizada, sino que tal apropiación violenta se hacía por medio de sanción justa, institucionalizada, consuetudinaria.

¿Por qué esto fue así? Conviene recordar que tal usurpación por derecho carece de sentido sin entender el marco intersubjetivo que imperaba en la vieja Hispania como consecuencia de su realidad política precedente. El concepto de guerra del periodo califal marcó en buena medida la forma ulterior de entender el conflicto. La diferencia es que los musulmanes hispanos, en la Alta Edad Media, habían entendido la guerra o la confrontación religiosa, política y étnica con arreglo al derecho malikí occidental, que orbitaba en torno al botín como elemento rector. La forma de entender el conflicto al otro lado de la frontera, en cambio, se amparaba en la propiedad de la tierra, lo que constituye la génesis de la expansión feudal posterior.

Se trata esta de una obra que imprime un renovado estudio del poder, al analizar el pasado desde una perspectiva eminentemente militar para un vasto y abigarrado territorio que fue clave para entender la Edad Media hispana.

## UN DESARROLLO MÁS AMPLIO

El **prefacio** de este libro tiene una gran importancia, tanto por sí mismo como en el conjunto de la obra, pues se analiza un tema que carece de estudios monográficos previos: ¿Se puede hablar de reconquista o restauración para el sector oriental en la península ibérica en la Plena Edad Media, como sí sucede para el occidental? ¿De verdad quisieron restaurar un régimen político o religioso anterior a la conquista islámica los reyes y condes navarros, aragoneses y catalanes, como sí sucedió en los espacios políticos castellano, leonés y gallego?

Hablar de reconquista o de restauración para el sector oriental de la península ibérica debe hacerse con muchas reservas. Así como son bien conocidas las iniciativas altomedievales de la monarquía asturiana por legitimar la conquista del territorio musulmán a partir del reino visigodo de Toledo, no existen precedentes similares en el nordeste peninsular. Las menciones a un pasado visigodo apenas existen, y cuando aparecen constituyen pretextos para restaurar diócesis que un día fueron, no espacios políticos. La documentación altomedieval ofrece retazos inconexos que muestran un interés por restaurar o reocupar un territorio que había sido devastado por Almanzor y sus hijos en torno al año 1000. Solo eso. El constructo de legitimación, cuando aparece, se circunscribe en el siglo XI prácticamente a los entornos monacales y episcopales. Solo se muestra en las esferas laicas desde finales de esa centuria, pero al socaire del cruzadismo latente tras la Reforma gregoriana, no como marco atávico de un iberismo soterizado. Por ende, esta guerra santa finisecular solo será un fenómeno ideológico que respaldará unas acciones expansivas de los señores laicos que ya existían con anterioridad. ¿Se puede hablar de reconquista para toda la península? Y en tal caso, ¿reconquista de qué?

El libro está dividido en dos partes y doce capítulos. En la **primera parte** se analiza la historia del poder desde una perspectiva militar en el nordeste cristiano peninsular. Tras una **introducción** donde se reflexiona sobre el devenir de los estudios de guerra en Europa y España, desgranando los enfoques y renovaciones historiográficas que ha experimentado nuestro país en los últimos años, el **capítulo uno** sirve como preámbulo analítico del ensayo, abordando la caída del califato, la cristalización de los reinos de taifas y la coetánea construcción de los estados pre-feudales del nordeste, que constituirán la base política, social, económica y militar para comprender el desarrollo ulterior de los acontecimientos.

El **segundo capítulo** recoge el testigo reflexivo de tal estado de las cosas a este lado del Pirineo. Se analiza el heterogéneo conglomerado político que constituyeron desde temprano los estados catalanes en el siglo

XI, abundando en la preeminencia de dos de ellos, que se van a erigir como los rectores de las políticas militares en lo sucesivo: los condados de Urgel y Barcelona. Se analizan las políticas expansivas embrionarias que tienen lugar en este momento, con el surgimiento del reino de Aragón y la posterior caída de la herencia pamplonesa y absorción del territorio del reino matriz de Pamplona por parte de Castilla y Aragón. El capítulo profundiza en aspectos de índole organizativa desde un prisma eminentemente militar, en la forma en que proyectaron la conquista del llano los reyes de Aragón y Pamplona, y de cómo se va gestando el teatro de operaciones levantino durante el gobierno de los dos condes gemelos de Barcelona, Berenguer y Ramón.

Sobre este complejo y trepidante sujeto versa el **tercer capítulo**. Valencia va a convertirse en este momento en el gran objetivo militar y estratégico de prácticamente todos los estados hispanos orientales y centrales del periodo: Aragón-Pamplona, Zaragoza, Lérida, León, Toledo o Barcelona. Se trata de un periodo convulso, en el que tienen lugar las denominadas guerras cidianas, y en las que se involucrarán ejércitos, tácticas y estrategias en un teatro de operaciones diverso y heterogéneo en relación con el modelo clásico expansivo cristiano. ¿Por qué Valencia se erigió en obsesivo y codiciado objetivo a finales del siglo XI? Este capítulo analiza y sienta las bases de nuevas reflexiones, tratadas superficialmente por la historiografía con anterioridad, para dar respuesta a esta pregunta. El capítulo también desgrana los modelos de conquista y guerra de los estados cristianos enfrentados a los musulmanes en tal periodo, con especial atención a las relaciones e influencias que estos poderes feudales tuvieron, fundamentalmente al otro lado de la cordillera pirenaica, justo antes de la irrupción en el teatro de operaciones de los almorávides.

El **capítulo cuatro** constituye un profuso y necesario estudio de la concepción geográfica y geoestratégica que poseía el hombre medieval. Este ruego de consideración responde a la meta de dotar al lector de herramientas que le permitan desquitarse del presentismo en la ardua tarea de comprender cómo proyectaba la guerra el hombre en la Edad Media, considerando que, a diferencia del hombre actual, carecía de pensamiento topográfico. Se estudia cómo se controlaba estratégicamente un territorio que no se cartografiaba, o cómo se usaron los ríos y caminos con fines militares, tanto en el medio estratégico como en el medio táctico. Se analizan también geográficamente los espacios del tercio oriental peninsular, desde el Mediterráneo hasta la submeseta, para contextualizar las acciones bélicas que los señores de la guerra desplegaron sobre ellos. Se impele al lector, en definitiva, a ponderar aspectos del medio físico para comprender los procesos militares, algo que



Carga entre caballeros. Iluminación de la *Biblia de Pamplona*, 1197. Fue realizada por el canónigo Fernando Pérez de Funes según el encargo del rey de Navarra Sancho VII el Fuerte. Es, seguramente, una de las obras iconográficas hispanas más rica del periodo.

en buena medida la historiografía militar hispana ha tendido con mayor frecuencia a tratar superficialmente o en menor profusión que otros aspectos.

El **capítulo cinco** describe el desarrollo del devenir bélico y expansivo del nordeste a través de los dos caudillos más importantes del primer tercio del siglo XII: Ramón Berenguer III y Alfonso I el Batallador, este último el señor más poderoso de la Península a la muerte de su suegro, Alfonso VI de León. Se relatan y contextualizan las grandes conquistas y campañas del valle del Ebro, el Levante y las Islas Baleares, así como las magnas expediciones hacia el sureste peninsular que tendrán lugar en este momento. Se narran con preciso detalle la conquista de la tercera ciudad islámica más importante de Al-Ándalus, Zaragoza, o las relaciones y apoyos que los reyes y condes cristianos van a trazar con los señores occitanos y aquitanos, clave para entender el desarrollo político de las décadas posteriores.

Todas estas expansiones se ven truncadas en gran medida con la muerte sin descendencia de Alfonso I el Batallador, lo que inclinará la balanza de poder cris-

tiano en la Península hacia su hijastro, el emperador Alfonso VII de León. Es en este **capítulo seis** en que se trata la disociación de la potencia navarroaragonesa en dos reinos, en medio del creciente poder de los principados adyacentes de Barcelona o León-Castilla. Con el papado tratando de dar salida a un testamento incumplible y la unión de Barcelona y Aragón como salida del atolladero, las negociaciones y asunciones de derechos expansivos entre las potencias cristianas van a desembocar en la primera guerra entre reinos, fundamentalmente para arrinconar al reino de Pamplona y repartirse el tercio oriental andalusí entre castellanos, catalanes y aragoneses. Es en este momento en que se narran desde perspectivas tácticas las conquistas finales de Lérida y Tortosa, y la cristalización de un estado pirenaico a ambos lados de la cordillera, reuniendo bajo un mismo soberano a aragoneses, catalanes, occitanos, aquitanos y languedocianos.

El **capítulo siete** tiene como objetivo analizar sistemáticamente las estrategias utilizadas por los reyes y señores cristianos en el sector oriental durante los siglos XI y XII. Se estudian los procedimientos militares en el plano estratégico desarrollados en tal periodo, sobre todo en relación con la ciencia militar, pero considerando aspectos muy presentes en los estrategias cristianas plenomedievales, como la vinculación de la planificación bélica a la organización política y territorial andalusí, que dictará el modo y el orden en que se producen los sitios de las plazas fuertes o las desconexiones territoriales. Se describen las estrategias más utilizadas, como las plazas fuertes a pie de sierra, el uso de castillos de aproximación y expugnación, o el denominado cerco territorial.

Y para terminar esta parte, en el **capítulo ocho** se profundiza en la organización, composición y reclutamiento de los ejércitos navarroaragoneses, catalanes y francos en el periodo objeto de estudio. Se examinan elementos fundamentales para comprender esta organización, como el concepto organizativo y feudal de mesnada, con referencia necesaria a la fiscalidad de guerra. El estudio abunda en los tipos de guerreros que integraban las huestes cristianas, como los peones semi-profesionales, los mercenarios o la caballería, en sus diferentes capas sociales y extracciones, laica o religiosa. Y, no menos importante, su organización y estructura desde la perspectiva funcional, tanto en acciones de desgaste, en asedios o en enfrentamiento campal. Se atiende a las transformaciones tácticas que estos ejércitos experimentan, tanto la caballería como la peonía, momento en el cual ambas unidades quedan definidas estructural y tácticamente para el resto de la Edad Media.

La **segunda parte** abarca los capítulos referentes a la organización militar de los ejércitos musulmanes, tanto lo relativo a los reinos de taifas como los propios

del imperio almorávide y, subsidiariamente, el almohade. Este examen se hace atendiendo no solo a sus peculiaridades, sino al devenir político que desarrollaron al tiempo que chocaban con los ejércitos cristianos.

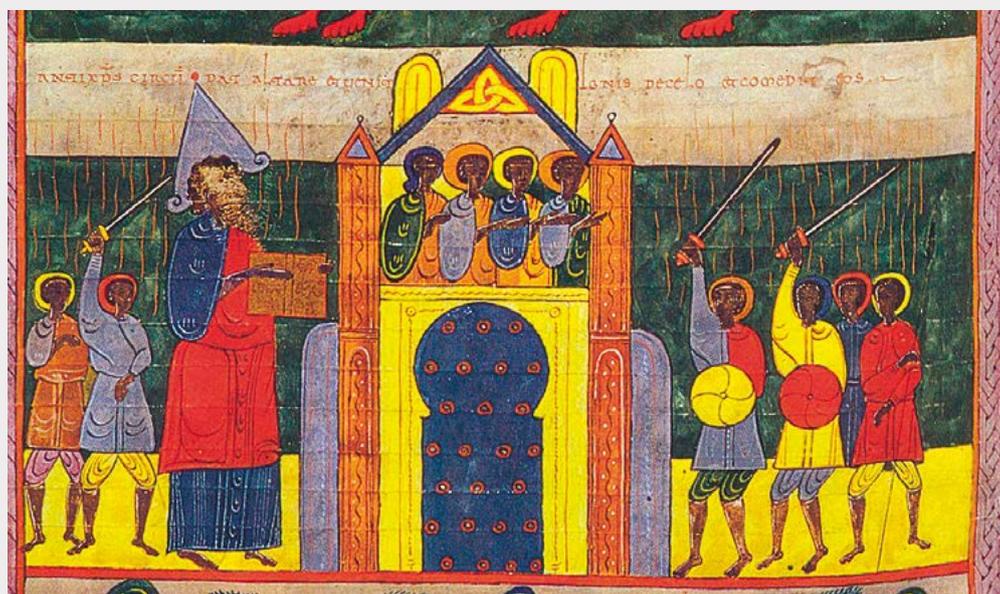
El **capítulo nueve** constituye una reflexión de primer orden para entender el conflicto de expansión-retracción característico entre ambos credos. Se estudia el punto de partida político e ideológico que supuso el final del califato. Intentamos aquí proponer aspectos no bien atendidos hasta el momento, a nuestro juicio, o que han sido puestos de relieve en los últimos tiempos, como el problema de la legitimidad de los nuevos emiratos surgidos de la disgregación; la concepción política de las taifas, más próximas a poderes dinásticos proto-feudales que a estados islámicos como lo era el califato, o las características defensivas de la frontera: localistas y muy concretas. Algo que se agazapa tras la explicación de la inferioridad militar frente al arrollador avance cristiano. Y, por supuesto, se examinan los principales rasgos de la fiscalidad de guerra andalusí, clave también para entender el fracaso de unos estados que trataron de emular al malogrado califato sobre bases ideológicas que habían desaparecido, y clave de igual modo para comprender la caída del imperio almorávide.

Todas estas cuestiones, en parte, motivaron la irrupción del imperio de los velados en la Península. El **capítulo diez** narra este punto de inflexión determinante. Se atiende al auge y al ocaso del imperio norteafricano, desde los confines del Sahel hasta su llegada a la península ibérica y el destronamiento de los reyes de taifas. Es importante aquí el estudio que se realiza de su realidad estratégica y táctica, pues los velados se encontraron en suelo hispano una forma de hacer la guerra que no había practicado anteriormente durante la sumisión de cabilas y tribus del Magreb. Es este uno de los factores más determinante en la evolución militar del imperio almorávide, pues en el traspaso de

poderes de Yusuf Ibn Tasufin a Alí ibn Yusuf tiene lugar la transformación de su ejército hacia otro de tácticas más «magrebizadas» con las que poder hacer frente a los ejércitos cristianos. Es en este momento, por ejemplo, cuando se abandona el uso de camello y el caballo alcanza una importancia capital en sus dispositivos tácticos. En este capítulo tienen cabida también sus principales estrategias expansivas y defensivas, así como la fiscalidad de guerra del imperio.

El **capítulo once** reúne estudios y reflexiones en torno a la logística de guerra. Aunque se hace más hincapié en la logística de los ejércitos islámicos, esta dimensión bélica se aborda de manera general para los ejércitos de los siglos XI y XII. También se analizan los modelos de inteligencia que las fuentes muestran, incidiendo en el espionaje y las acciones de sabotaje o especiales, un tema no bien tratado por la historiografía.

Y, por último, el **capítulo doce** aborda un profuso estudio sobre la estructura de los ejércitos de andalusíes y almorávides, con especial atención a cómo desarrollaron las operaciones tácticas, tanto en la guerra de desgaste, la de posición o en los enfrentamientos campales. Se profundiza en la herencia y transformación de las estructuras militares que los poderes islámicos herederos del califato habían construido no sin problemas, arrojando luz en torno a sus deficiencias militares. Se argumenta cómo su desmilitarización previa a la *fitna* y su proto-feudalización coadyuvaron la incapacidad de mantener ejércitos permanentes con solvencia. Se abunda en la renovación de la yihad impuesta por la llegada del imperio almorávide, y de cómo este choque influyó en el modo de hacer la guerra no solo entre los musulmanes sino también en los cristianos. Por último, se realiza un oportuno análisis de las tácticas de la peonía musulmana, sus auxiliares, o el concepto de caballería en el mundo musulmán occidental y su papel en las operaciones militares.



*Beato de Fernando I y doña Sancha, iluminado en 1047. También se denomina Beato de Facundo, por el nombre del copista; Beato de San Isidoro de León, pues la basílica de San Isidoro de León es su lugar de origen; o Segundo Beato de la Biblioteca Nacional. Biblioteca Nacional de España, vitrina 14-2.*



## ENTREVISTA AL AUTOR

Entrevistamos a **Darío Español Solana**, doctor en Historia Medieval y profesor en el Departamento de Didácticas Específicas de la Universidad de Zaragoza. Sus investigaciones se centran en el estudio de la guerra en la Plena Edad Media, en la recreación histórica y la arqueología experiencial. Es el mayor experto en recreación medieval en España, además de investigador experimental, especializado en la caballería de guerra de entre los siglos XI y XV. Como emprendedor, ha producido y desarrollado proyectos de difusión y transferencia de conocimiento en toda la geografía nacional y en otros países de Europa.

### **¿Por qué un libro sobre la Reconquista en Aragón, Navarra y Cataluña en la Plena Edad Media?**

Las razones son muchas. Pero en conversaciones como esta me gusta aportar tres. La primera es que la atomización autonómica ha compartimentado desde el siglo pasado los estudios históricos, convirtiendo la producción en cajones estancos aislados. Todo se estudia en clave regional, como si Aragón, Navarra, Cataluña, Rioja, el Alto Tajo, la Submeseta o el Levante no hubieran construido su pasado a partir de una interconexión insoslayable; estudiarlos por separado, de modo inconexo frecuentemente, supone un error manifiesto; la fragmentación investigadora es cosa del presente, lo que historiamos no sucedió entonces en clave autonómica.

Date cuenta de que esto, por ejemplo, lo vemos hasta en la propia red. ¿Alguien ha tratado alguna vez, por ejemplo, de encontrar material cartográfico (científico, didáctico o de cualquier otro tipo) de varias regiones conjuntas? No lo hay. Si yo quiero escrutar someramente las depresiones, vertientes, accidentes o localidades al mismo tiempo del pre-pirineo en conjunto, desde Pamplona a Solsona, no encontraré nada útil, lo mismo que si quiero hacerlo desde el Mar Menor hasta el Guadiana medio y la Sierra de Guadalupe. O accedo a mapas militares o a los recursos cartográficos de las confederaciones hidrográficas, o el conocimiento combinado regional, más allá de mapas completos peninsulares, no existe. Es la prueba de cómo estamos construyendo el conocimiento geográfico e histórico actualmente. Abordar estudios territoriales de conjunto es capital para entender un pasado no autonómico, y esto no se prodiga.

Por otro lado, conviene aceptar que el argumento expansivo cristiano de la Plena Edad Media se ha pergeñado a partir, en mayor parte, de las iniciativas centro y occidentales peninsulares. Pero ¿qué hay del argumento expansivo de unos poderes feudales que guardaban más relación cultural, lingüística o económica con Occitania o Aquitania que con Galicia o León? ¿Se puede hablar del mismo grado de reconquista, en el sentido más tradicional del polémico término, para

todos los reinos cristianos peninsulares? Nos vamos a llevar sorpresas al leer qué motivó a los reyes y príncipes orientales a arrebatar la tierra del islam.

Y, por último, ¿qué hay del otro lado de la frontera? Analizar la guerra desde la perspectiva cristiana sin entender cómo la concebían para sí mismos andalusíes y almorávides no sirve de nada. Este libro aún a estos dos mundos antagónicos, que no lo fueron tanto. De cómo andalusíes y norteafricanos desarrollaron sus realidades políticas y militares al socaire del fenómeno expansivo cristiano. Nunca nos hemos preguntado por qué la realidad intersubjetiva de feudales e islámicos, basada en su pasado inmediato, en la tradición, condicionaba el modo que entendían la política, la guerra, el poder y las conquistas; por qué los musulmanes occidentales no habían conquistado nada, a pesar de haber llegado a saquear Santiago o Barcelona en torno al año 1000, desde la invasión islámica primigenia. Este libro profundiza en estas reflexiones necesarias.

### **Entonces, ¿arrojas luz sobre el origen histórico de Aragón y Cataluña desde un punto de vista militar?**

No, no lo hago. O por lo menos no en esos términos. Este libro habla de historia, no de política. Plantear así la investigación es hacerlo en el presentismo, en el determinismo. Los amantes de la práctica identitaria ideológica actual hacia la Historia, que por cierto depredan las redes, no van a encontrar eso en este libro. Desmenuzo el origen histórico de unos poderes o estados, feudales e islámicos, que medraron en el solar en el que hoy están las comunidades autónomas de Aragón, Cataluña, Navarra, País Vasco, La Rioja, Comunidad Valenciana, Murcia y una buena parte de Castilla León. Poco o nada tenían que ver con los aragoneses y catalanes de hoy.

La historia es hija de su tiempo. Estos poderes feudales e islámicos no guardan relación con construcciones regionales actuales. Las identidades nacionales son construcciones idealistas creadas por el ámbito protestante en el siglo XVIII. Es el momento en que surgen el idealismo alemán y otros subjetivismos insoportables. Estas identidades se construyen en el presente, no en el pasado; hay que dejar de buscarlas en él, y de paso dejarnos a los historiadores en paz en ese sentido.

La gente sigue creyendo que en la Plena Edad Media la política se hacía en términos regionales, cuando

en realidad se ejercía en términos personales. Los reyes de Aragón o Pamplona en el siglo XI no firmaban como reyes de Aragón, lo hacían como reyes en Aragón –un territorio entre la Sierra de Santo Domingo y el Pirineo– y en Pamplona. Advierte la sutil diferencia que lo explica todo. Pero también lo hacían diciendo que eran reyes en Monzón, Ribagorza, Sobrarbe, Almenar, e incluso «en el río Ebro». De igual tenor sucedía para los condes de Barcelona. Se referían a sí mismos en similares formas. Gobernaban en Barcelona, pero también en Gerona, en Osona, etc. El conde de Barcelona nunca fue conde de Barcelona, fue siempre conde en Barcelona o conde barcelonés.

El *regnum* de los siglo XI y XII no se concebía territorialmente, sino que era el dominio sobre personas, animales y cosas que vivían sobre la tierra. Hay que disociarlo del *imperium*, que era la jurisdicción de ejercer el poder. Los reyes poseían ambas atribuciones, pero podían ceder el segundo. El *regnum* nunca, porque era la propiedad de las personas y las cosas, que ostentaban por la gracia de Dios.

El gobierno se ejercía de forma sináptica, no territorial o cartográfica, como lo concebimos actualmente. ¿Para qué querían reinar estos monarcas sobre vastos e interminables bosques incultos de coníferas o de encinas? Ahora todo lo vemos en términos de fronteras y regiones, como si los reinos en este periodo fueran asimilables a comarcas, provincias o comunidades autónomas; y, claro, es cuando aparece la bilis., procedente de esta ignorancia. Yo creo que se nos reirían un poco estos reyes ahora.

### **Sin embargo, has querido ir más allá de la narración épica, del debate sobre la Reconquista, de los componentes ideológicos o religiosos...**

Así es. Uno comprende que la carrera del científico se basa en publicar y publicar, está en el ADN del sistema académico occidental. Por eso me interesaba no abordar un estudio más sobre guerra santa en la Península. La producción historiográfica hispana con relación a la expansión feudal hispana en términos de cruzada y guerra santa está ya planteada *ad infinitum*. No tengo nada en contra de ello, pero deja atónito que este único tratamiento, rabiosamente idealista por otro lado, haya dejado en la cuneta necesarias reflexiones de índole pragmático, donde todo lo material, organizativo o estrictamente militar tuvo una importancia poco menos

**«Analizar la guerra desde la perspectiva cristiana sin entender cómo la concebían para sí mismos andalusíes y almorávides no sirve de nada. Este libro aún a estos dos mundos antagónicos».**

## «Las motivaciones militares en la Plena Edad Media estuvieron más cerca de intereses estrictamente materiales que ideológicos».

que epigenética. Las motivaciones militares en la Plena Edad Media estuvieron más cerca de intereses estrictamente materiales que ideológicos. Querer ver permanentemente motivos idealistas o religiosos en toda acción es coquetear mucho con el reduccionismo. Al final, descubres que tras una acción militar o la construcción de un castillo está el objetivo de bloquear la extracción de sal que abastece una ciudad, y no tanto «extender la cristiandad para derrota de los agarenos». Cuidado con las fuentes, entonces y ahora.

### ¿Qué particularidades tienen el conflicto armado y la cultura militar medieval en el tercio oriental península ibérica?

El principal y más interesante es su heterogeneidad política. No solo entre los poderes islámicos que surgen tras la disgregación del califato, sino en la propia de los estados feudales. El conglomerado catalán es un ejemplo de mosaico político abigarrado, y las relaciones de Aragón, Pamplona y Castilla conformaron un complejo de decisiones políticas y militares mucho más heterogéneo que en otros teatros de operaciones europeos. Esto se hace más denso, si cabe, en el momento en que poderes islámicos y cristianos no solo se hacen la guerra entre sí, sino que se alían.

De otro lado, la orografía. ¿Cómo hemos explicado tanto el pasado militar dejando de lado el territorio que le dio sentido? El investigador comienza a entender muchísimas cosas en el momento que trabaja sobre mapas en relieve. Comprende acciones, tiempos, estrategias, organizaciones y decisiones. Cuando analiza caudales, etapas pedestres y visuales, todo obra sentido. Cuando reflexiona desde la perspectiva del hombre medieval, o lo intenta. Entiendes por qué fracasó tantas veces la conquista de Tortosa, por qué los tiempos eran tan largos antes de que los reyes pusieran cuñas fijas en el llano del valle del Ebro, bajo la muralla geológica que suponían las sierras del pre-Pirineo.

El valle del Ebro, el litoral mediterráneo, los Pirineos, el Sistema Ibérico o los altos Tajo y Duero constituyen un espacio muy complejo orográficamente. La guerra en un cuadrante tan accidentado se hace compleja, ardua, inmisericorde. Las decisiones de los caudillos se toman bajo criterios estrictamente estratégicos, donde la economía de recursos y el buen

uso de los servicios feudales en aras de esta son una constante. Advierte que los sectores central y occidental experimentaron acontecimientos que este espacio no tuvo, como el acceso relativamente sencillo que los cristianos tuvieron al valle del Duero desde muy temprano; o la proyección de la guerra sobre características orográficas muy concretas, como la de las llanuras castellanas y manchega, que permitió movimientos y acciones más directas.

Y, por último, las influencias. Este libro es una oda a la interconexión cultural como motor no solo de relaciones políticas, sino en la construcción de idiosincrasia militar. Y con doble dirección. Por un lado, la que significó con respecto al sur de la actual Francia. Aragoneses, navarros y catalanes se vieron permeados constantemente por señores del midi, vasallos muchas veces de reyes y condes, que cumplían obligaciones feudales aquí o materializaban su ideal de aventura bajo los preceptos de una guerra justa contra el infiel. No hay que olvidar que los propios condes de Barcelona llegaron a poseer desde temprano la propiedad de territorios muy amplios al otro lado de la cordillera, y que la Gran Corona de Aragón se construye en este momento a ambos lados de esta. La tecnología de guerra, las tácticas, la hipología o la poliorcética estuvieron muy influenciados recíprocamente. Por otro lado, las relaciones del mundo andalusí con el Magreb, el Sahel y Bizancio. No cabe duda de que las estructuras organizativas militares en al-Ándalus procedían del Imperio romano de oriente, con influencias europeas y magrebíes. Los ejércitos en tres cuerpos –posteriormente en cinco–, la jerarquía castrense, el valor auxiliar de la caballería, la preeminencia de la peonía, el uso del caballo o la maquinaria de asedio hay que entenderlos como una amalgama de influjos muy variados que demuestran que los andalusíes, es decir, los árabes hispanos, eran más occidentales culturalmente de lo que se ha pretendido, fundamentalmente hasta finales del siglo XI.

### En el contexto del valle del Ebro, ¿existieron distintos modos de hacer la guerra, acordes con la cultura musulmana andalusí y con la hispana cristiana?

Sí y no. Hasta la llegada de los imperios norteafricanos, los andalusíes guardaban más similitudes militares con los cristianos del norte que con los rigoristas

«Este libro es una oda a la interconexión cultural como motor no solo de relaciones políticas, sino en la construcción de idiosincrasia militar».

procedentes de la actual Mauritania. Buena parte de las estrategias cristianas, por ejemplo, procedían de los tiempos del califato. La práctica tan hispana –y sobre todo navarroaragonesa– de construir castillos de aproximación o contracastillos para rendir plazas fuertes, es una adaptación de la estrategia basal que empleó sistemáticamente Abderramán III en las campañas para devolver a la obediencia a los señores musulmanes del Tajo y del Ebro, o a los caudillos rebeldes andaluces. Armas y armaduras de musulmanes fronterizos eran las mismas que los cristianos. La adopción de caballería pesada por parte de las taifas, la proto-feudalización de estas al socaire del proceso feudalizante cristiano y a partir de su concepto de clientelismo islámico occidental, o la prohibición del uso del turbante en al-Ándalus da muestra de una permeabilidad y un sincretismo que es necesario poner de relieve. Todas estas cuestiones, sobre todo relativas a la tecnología de guerra, las analizo en profundidad en otra de mis publicaciones sobre armamento y caballería, editada a principios de este año.

La llegada de los almorávides vino a cambiar todo esto. Yusuf ibn Tasufin se hizo llamar «emir de los musulmanes», que no de los creyentes, como era común en los imanes occidentales. Esto implicó una persecución sistemática de mozárabes, lo que islamizó más a la sociedad andalusí que no huyó hacia el norte.

### **¿Y a qué atribuyes el éxito del empuje de los Estados feudales sobre los islámicos en este periodo?**

Esta respuesta es muy compleja. Necesito varios capítulos en el libro para explicarlo, con reflexiones renovadas y tesis que considero se deben tener en cuenta de ahora en adelante. Si te lo cuento aquí, adelanto una de las líneas argumentales fundamentales del libro. De momento bastará con indicar que la legitimidad de los reyes de taifas y su financiación a ojos de ulemas, como algunos autores han defendido recientemente; la adulteración inconsciente de unas sociedades amparadas en el derecho malikí, cuyas directrices en materia militar tenían un botín ya inexistente como elemento definitorio; la proto-feudalización de poderes dinásticos –que no estados– y la desmilitarización de sus élites, seguramente tras la reforma de Almanzor, jugaron un papel fundamental en lo sucesivo para desequilibrar la balanza del lado

cristiano. Eso sí, en el libro trato otros aspectos en cierto sentido desatendidos, como el papel de alfaquíes y ulemas en la resistencia, la independencia de la frontera, incluso en época almorávide, entre otras cuestiones que a veces se ha pasado por alto.

### **En este frenesí de campañas y movimiento de gentes, ¿cómo eran las fronteras?**

La frontera entonces era un concepto inexistente en nuestro tiempo. Y por las mismas razones que he explicado antes. La gente tiende a pensar que los reinos tenían fronteras como las actuales, con líneas invisibles dibujadas sobre mapas. Pero esto es presentismo. No había fronteras entre reinos cristianos; el denuedo por representarlas hoy en mapas didácticos para hacer la política de entonces comprensible ha desvirtuado en realidad la concepción del espacio en esa época.

Los poderes cristianos interpretaban sus posesiones en función de la propiedad de los castillos y sus pagos: hasta aquí es mío, hasta aquí es tuyo; las descripciones de las propiedades son siempre cualitativas, no cuantitativas. Siento recordar que el sistema métrico decimal es muy posterior.

En realidad la noción de frontera se erige en este periodo como el espacio infausto que quedaba entre las posesiones de los señores cristianos y las posesiones de las élites fronterizas islámicas. Una tierra de nadie de varios kilómetros –en palabras actuales– donde operaba la ley de la jungla. Por eso los reyes de Aragón y Pamplona repueblan con gentes que, como se dice tradicionalmente, «araban con la espada». Una peonía semi-profesional en permanente estado de alerta, a la que se le daban propiedades para que se instalase allí y se le condonaban delitos de sangre si venía a poblar este espacio inmisericorde. Es como si nos perdonaran en la actualidad delitos, si tuviéramos, nos dieran una casa con jardín, piscina y huerto, y nos reembolsaran de por vida el IRPF, el IVA y el impuesto de sucesiones con la condición de ir a vivir y proteger la frontera. ¿Iráis? Admite que te lo estás pensando.

**Cuando pensamos en la estrategia de una campaña militar medieval imaginamos a un grupo de nobles en torno a un mapa. ¿Hasta qué punto es cierta esta imagen? ¿Cuánto de cliché nos ha dejado la cultura popular?**

No, esta imagen es falsa. Hasta que el hombre no separó sus pies del suelo y conquistó los cielos, no se cartografió con precisión el espacio geográfico. Los mapas hasta la Edad Moderna fueron decorativos, no funcionales. Reyes y caudillos medievales nunca usaron mapas para planificar los movimientos. Esto hacía que el ser humano no concibiera la superficie en términos topográficos, sino narrativos; lo que se ha denominado el «espacio hodológico». El hombre medieval concebía el territorio como un gran mapa de líneas de metro, como podemos ver en las estaciones de las grandes ciudades de nuestro país. Este mapa abreviado de trazas rectilíneas no se corresponde en realidad cartográficamente con la situación real de las paradas sobre el mapa de la ciudad. Para llegar de un lugar a otro establecía etapas de viaje. En la Edad Media solo tenía importancia en términos políticos y económicos lo que se podía ver y recorrer mediante etapas visuales y pedestres. No tenían ningún interés político los picos escarpados, las profundidades del bosque o el soto monte mediterráneo inculto; es a esto a lo que me refiero cuando digo que el espacio se entendía de modo sináptico, no en términos de superficie actuales.

Hay que desterrar la imagen falsa de generales medievales organizando estrategias y tácticas sobre mapas, que tanto nos han dejado películas, novelas o videojuegos.

**En el libro afirmas que la guerra en la Edad Media correspondía a una concienzuda planificación... ¿Podrías ponernos un ejemplo?**

Afortunadamente ya hemos abandonado la idea de que la guerra en la Edad Media la hacían una masa informe de guerreros que corrían hasta chocar sin orden ni concierto en un campo de batalla. No obstante, las series y producciones audiovisuales siguen gastándose ingentes cantidades de dinero en perpetrar bodrios históricos que siguen mostrando esta idea errónea. Se me ocurren las batallas de series como *El Cid* de Amazon o *La Catedral del Mar*; no recuerdo tanta carencia de rigor. Con caballeros y peones todos corriendo caóticamente juntos. Un despropósito. Ya si hablamos de cultura material, es todavía peor.

Con todo, aunque hemos abandonado esta premisa, sigo leyendo a colegas que todavía admiten que la planificación militar en otros periodos de la histo-

ria siempre fue mayor que en la Edad Media, sobre todo en lo concerniente a los ejércitos cristianos. En este libro demuestro que no es así. Y lo hago sobre documentos de archivo y crónicas, que explican claramente cómo los ejércitos feudales tenían unidades a las que adscribían mandos, algunos de los cuales estas fuentes nombran, como el *denario* o el *primarca*. Puedo admitir que esta idea todavía subyacente dimana de la compleja naturaleza organizativa feudal, dado que los señores reunían a sus tropas procedentes de distintos lugares del reino, ejércitos que con frecuencia no habían luchado nunca juntos; pero en un asedio o lid campal la organización previa para jerarquizar y ordenar los efectivos existía. De hecho, las fuentes hablan muy a menudo de la existencia de un arte militar, que tenía que ver con el conocimiento táctico que los señores ponían sobre el tapete. También en la guerra de posición. En 1166, por ejemplo, Alfonso II de Aragón concede varias heredades a Calbet de Biel en Albaracín, previamente a su conquista, quien se está encargando como caudillo al mando del asedio. Para ello

alude al «studio atque industria» que el sitio requiere, lo que demuestra que existían proyectos y planificaciones antes de los asedios, que analizaban los puntos débiles, la

colocación y distancias de las máquinas de asedio, los calibres, la posición del campamento o las acciones a desarrollar.

Y, sin ir más lejos, conviene recordar también que los ejércitos islámicos sí tenían estructuras castrenses bien establecidas, de inspiración bizantina. Las fuentes nos explican cómo se organizaban los pelotones, escuadrones o escuadras, cuyo número designaba el tipo de estandarte que las significaba. La unidad básica de los ejércitos islámicos occidentales, por ejemplo, era el *'ukda*, compuesta por ocho hombres y comandado por un *nazir*. El nombre de la escuadra hace referencia a sus estandartes en forma de nudo –que las códices cristianos altomedievales representan–, y que protagonizaban el «anudado» público previo con el que ejército partía antes de cada campaña militar.

**«Las series y producciones audiovisuales siguen gastándose ingentes cantidades de dinero en perpetrar bodrios históricos».**



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

# ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Prefacio

*Destructionem sarracenorum et dilatacionem christianorum ¿Se puede hablar de «reconquista» para toda la península ibérica?*

Introducción

## PARTE I

Historia bélica de los reinos cristianos del nordeste peninsular en los siglos XI y XII.  
Estrategias expansivas y tácticas militares

- Capítulo 1 El colapso del califato y el resurgir de los principados cristianos del norte
- Capítulo 2 Consolidación y ruptura
- Capítulo 3 El teatro de operaciones del nordeste
- Capítulo 4 El Pirineo, el litoral, el valle del Ebro y el Levante
- Capítulo 5 La «gran estrategia» y la inclinación de la balanza del poder militar
- Capítulo 6 Hacia un nuevo orden peninsular
- Capítulo 7 Los ejércitos cristianos y la guerra
- Capítulo 8 Los ejércitos navarro-aragoneses, catalanes y francos

## PARTE II

El mundo bélico en al-Ándalus. La guerra en los Estados islámicos del valle del Ebro y el Levante durante los siglos XI y XII

- Capítulo 9 *Al-Tağr al-A'là* y el *Šarq al-Ándalus*
- Capítulo 10 Al-Murabitun. La verdadera eclosión de lo militar
- Capítulo 11 La logística y la inteligencia militar en la Plena Edad Media hispana
- Capítulo 12 Andalusíes y almorávides

Epílogo

Fuentes y bibliografía

Índice analítico



# DOSIER DE PRENSA

# CAPÍTULO 1

## EL COLAPSO DEL CALIFATO Y EL RESURGIR DE LOS PRINCIPADOS CRISTIANOS DEL NORTE

Superar el año 1000 supuso demasiadas transformaciones en la coyuntura política y militar de la península ibérica. De un modo u otro, el colapso califal y la *fitna* han copado buena parte de las atenciones argumentales y –en definitiva– historiográficas de este momento clave. Sin embargo, al otro lado de la frontera se estaba dando una serie de silenciosas transformaciones muy importantes para comprender lo que sucedió en las décadas siguientes. Desde la perspectiva navarroaragonesa es capital identificar los orígenes del fenómeno expansivo a costa del islam a partir del reinado de Sancho III el Mayor (1004-1035). Y lo es no solo por la importancia en sí mismo, como ahora veremos, sino porque, durante las primeras décadas, se dio una mutación silenciosa y paulatina que marcó el devenir posterior de esta expansión. Tal revolución implicó la aparición durante estos años de las denominadas *honores*, bienes que el rey entregaba a sus magnates a cambio de servicios militares y nobiliarios. Se trata de un sistema propio de la tradición pamplonesa y aragonesa; un fenómeno feudo-vasallático que, desde este momento, definió los vínculos de poder en el valle del Ebro.

A partir del siglo XI –y sobre todo desde las últimas décadas– estas ilaciones de poder proliferaron a consecuencia de la expansión feudal y la transformación social que implicó el cambio de las estructuras sociales, jurídicas y políticas. En el valle del Ebro, la historiografía ha analizado y sentado las bases de estos nexos entre tales élites desde hace décadas, caracterizados por la tutela asumida por la realeza como elemento rector del proceso. Al hilo de tal coyuntura adquiere importancia el concepto de *tenencia*, una realidad feudal característica de los reinos de Aragón

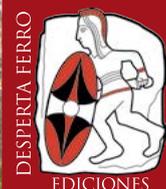
y Pamplona; los barones del reino veían satisfechos sus servicios militares y auxiliares al rey con parte del usufructo y la administración delegada de feudos que este les concedía pertenecientes a la *honor regalis*, cuya propiedad no detentaban y que, por tanto, los adscribía a una empresa común que se mantuvo indisoluble hasta bien entrado el siglo XIII. A la sazón, buena parte de estas relaciones de poder se plasma, en última instancia, en servicios de guerra como obligación fundamental y definitoria de las mismas. Los barones al servicio del rey estaban obligados a la gestión de efectivos militares: reclutamiento, estipendio, entrenamiento, reunión y mantenimiento ante los hechos de armas. Este amparo de tales estructuras militares activas mancomunaba recursos humanos para la guerra, pero también los recursos materiales y semovientes que esta requería. Aunque en estas primeras décadas es pronto para hablar de un sistema político regido por las *tenencias*, vemos ya sus primeros atisbos. Una veintena de grandes barones, de Castilla a Sobrarbe, reunidos en torno a la figura de Sancho III el Mayor, detentan ya la administración de espacios fronterizos y de interior por designación real que, aunque lejos de constituir la señorialización de bienes alodiales, es ya la muestra de una realidad política feudal característica.

El reinado de Sancho III, en cualquier caso, ha sido considerado por la historiografía como el punto de partida de unas nuevas relaciones entre los cristianos del norte y el islam peninsular. Este significó la reunión de un conglomerado político que, desde mediados del siglo XX, se ha pretendido resaltar por encima de la evidente fragmentación de los Estados cristianos en el norte.

Castillo de Loarre (Huesca). Construido a principios del siglo XI por el rey Sancho III el Mayor de Pamplona y ampliado posteriormente a finales del mismo siglo por su nieto, Sancho Ramírez.



# DOSIER DE PRENSA



## CAPÍTULO 3

# EL TEATRO DE OPERACIONES DEL NORDESTE

El punto álgido del enfrentamiento entre los Estados hispanos del sector nororiental peninsular se precipitó a partir de 1081, a la muerte de Abú Yaáfar Áhmad ibn Sulaymán al-Muqtádir bi-L-lah. Desde este momento, hasta las postrimerías del siglo XI, se desarrolló un abigarrado conflicto con acciones militares que tuvo como escenario el valle medio y final del Ebro, la zona de transición entre la cordillera Costero-Catalana y el sistema Ibérico y el Levante peninsular. En esta gran estrategia confluyeron los intereses de todos y cada uno de los Estados cristianos de la península ibérica.

Ante la complejidad del conflicto, que se prolongó durante veinte años en varias fases, construiré el relato bélico a partir de varios capítulos desde una perspectiva amparada en las acciones de los reyes de Aragón y los condes de Barcelona.

Con anterioridad a todos estos movimientos militares que estaban prestos a comenzar, el inicio del cogobierno barcelonés había supuesto la vuelta a las expediciones catalanas hacia el sur en apoyo de sus aliados musulmanes. En 1076, el visir de al-Mu'tamid, Ibn Ammar, se ganó el apoyo de Ramón Berenguer II a cambio de 10 000 dinares para que este entrara en guerra contra el emir de Toledo, al-Mamún. La expedición partió ese mismo año hacia Murcia, territorio que estaba siendo atacado por las tropas toledanas y sus aliadas castellanas de Alfonso VI. Pero las cosas no sucedieron como estaba previsto. Cuando llegó al destino, Ramón Berenguer y sus mesnadas se toparon con que el dinero prometido no estaba y con que el grueso del ejército sevillano no se había presentado. Ramón Berenguer, al sentirse engañado, cercó las pocas tropas de Ibn Ammar y lo tomó como rehén. La deserción –o inacción aliada– dejó el camino expedito a al-Mamún para sojuzgar los territorios murcianos que estaba hostilizando. Al-Mu'tamid, al sentirse también traicionado por su visir, trató de llegar a un acuerdo con el conde que no llegó a puerto, no sin antes culpar a Ibn Ammar de haber engañado a ambos. Ramón Berenguer retornó entonces a Barcelona con el propio

visir y con el hijo del emir de Sevilla, Raschid, como rehenes. Al-Mu'tamid hizo lo propio con el sobrino del conde barcelonés, Albió, que había sido entregado como prueba del pacto antes de que la expedición partiese del norte. Las disputas se saldaron con la exigencia de 30 000 dinares al emir de Sevilla, quien envió de nuevo a Ibn Ammar con esta cantidad a Barcelona –acuñada en baja ley, según las fuentes–, donde tuvo lugar el intercambio de rehenes y el fin de la expedición fallida.

Estos hechos ensamblan con el destino del poeta Ibn Ammar, enemistado con su señor al-Mu'tamid de Sevilla, que, desde ese momento, recaló en la corte del emir de Zaragoza y actuó como consejero de este en los hechos bélicos que estaban a punto de iniciarse. La primera etapa del avispero del nordeste se centró en la guerra declarada entre los dos herederos de al-Muqtádir, sus hijos al-Mu'tamin de Zaragoza y al-Mundir de Lérida –Tortosa y Denia–. De hecho, fue esta contienda el marco general en el que se tramó, paulatinamente, la compleja red de acciones militares sucesivas, dado que involucró a todos los príncipes cristianos. El detonante hay que localizarlo nuevamente en factores geoestratégicos, sin obviar los intrínsecos a todo conflicto bélico. La nueva frontera entre los Estados andalusíes se situaba ahora en la cuenca del Cinca, un territorio bien poblado y de gran riqueza que estaba siendo objeto de acciones militares para su conquista por parte del rey de Aragón –las cuales culminaron en 1089 con la conquista de Monzón y la proyección expansiva hacia Zaidín y Fraga– y de los condes de Urgel y Barcelona –estos últimos, gracias a sus posiciones castrales en las últimas estribaciones prepirenaicas ribagorzanas, como hemos visto–. El espacio en litigio ahora constituía un fértil territorio entre los corredores del Cinca y del Segre, atravesado por caudalosos cursos fluviales. Un somontano próspero cuyo control geoestratégico se complicaba sobremanera en época invernal, debido a las persistentes nieblas que se asientan durante semanas.

# CAPÍTULO 5

## LA «GRAN ESTRATEGIA» Y LA INCLINACIÓN DE LA BALANZA DEL PODER MILITAR

Berenguer Ramón II, el Fratricida, desaparece de la documentación en 1097. El suyo es un final cargado de simbolismo, con no pocos matices novelescos. Ya vimos cómo el hecho de haber asociado al gobierno del condado de Barcelona a su sobrino, el futuro Ramón Berenguer III, asumiendo la tutela de su minoría de edad ante una curia que lo creía culpable del asesinato de su padre, supuso la normalización *a priori* de sus relaciones con este sector nobiliario que había cuestionado su potestad. De hecho, el transcurso de su gobierno posterior constituye el dechado de un tiempo marcado por la normalidad política: el conde no topó con problemas para ejercer la autoridad, aun existiendo la sospecha generalizada de que era el asesino de su hermano; ni padeció repudia alguna por parte de las instancias eclesiásticas superiores, sino más bien todo lo contrario. Sin embargo, hacia el final de su mandato todos los obstáculos que, aparentemente, había sorteado con éxito se volvieron en su contra. Es muy probable que la razón de ello estribe no tanto en una vuelta a los acontecimientos de 1082 como en la ejecución de un plan trazado con anterioridad. El pacto alcanzado con sus barones y otros condes catalanes por el que se obligaba a asumir la tutoría de su sobrino implicó que Berenguer Ramón lo tomaría como heredero. Una decisión que, además de confrontar con lo dispuesto en el testamento de Ramón Berenguer I, se perfilaba como un mecanismo con el que redimir su pasado.

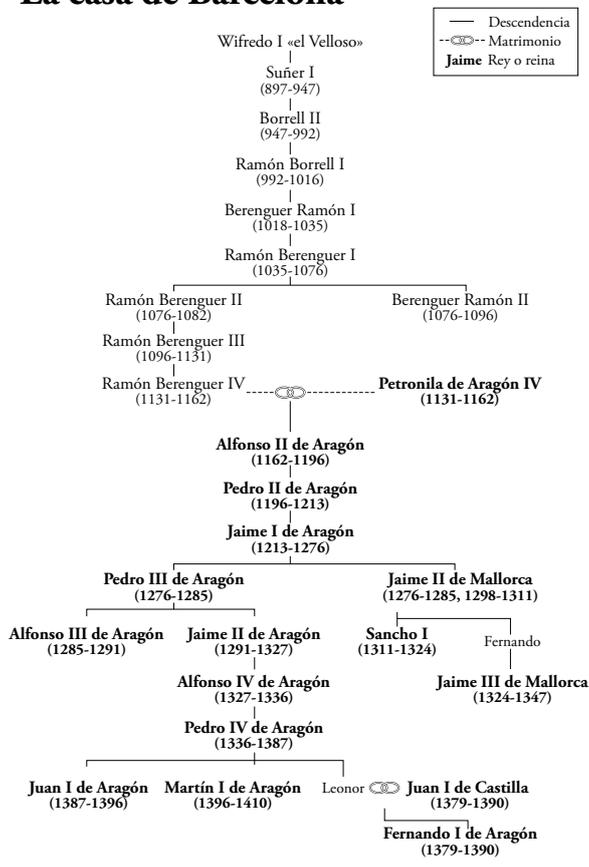
Ahora bien, el acuerdo de 1082 nos obliga a pensar que, en realidad, lo que Berenguer Ramón consiguió hacer creer a sus nobles fue que no era culpable del asesinato, pero no que había sido completamente ajeno a este. Algo que explicaría

una solución intermedia al problema sucesorio. Sea como fuere, el conde aceptó someterse hacia el final de su gobierno a un tribunal para demostrar su inocencia en la corte de Alfonso VI. El método para dilucidar la verdad fue un juicio por combate. Este inusual mecanismo debió de tener su razón de ser en la influencia del propio emperador;<sup>2</sup> sin descartar la mediación del clero peninsular. Es muy probable que también –debido a los acontecimientos que se precipitaron después– desempeñara un papel importante su hermanastro, Ramón de Saint Gilles, conde de Tolosa, que, a la postre, era yerno del propio Alfonso VI. La batalla judicial que tuvo lugar en la corte de este, en cualquier caso, se saldó con la derrota de Berenguer Ramón, lo que a ojos de Dios y de la justicia de los hombres implicaba ser culpable del hecho por el que se había sometido al juicio. Desconocemos cómo se desarrolló el hecho judicial. No sabemos si el propio conde combatió por su honor, o si lo hizo disputando en uno o varios de sus hombres, práctica que era muy común entre los

miembros de la realeza. Su derrota implicó su desaparición paulatina de todo desempeño gubernativo. Embarcó hacia Tierra Santa con la expedición de su hermanastro, Ramón de Saint Gilles. Es muy probable que se uniera a ella tardíamente, dado que los últimos documentos están fechados cuando las huestes cristianas ya habían partido para la primera cruzada. Según las necrológicas, allí murió el conde de Barcelona. Tratando de conquistar Jerusalén.

Establecer, pues, el inicio del gobierno en 1097 para el joven Ramón Berenguer III no sería del todo correcto, dado que desde los años anteriores había estado asociado a él junto con su predecesor.

### La casa de Barcelona



## CAPÍTULO 7

# LOS EJÉRCITOS CRISTIANOS Y LA GUERRA

Tradicionalmente se les ha reconocido a los reyes de Aragón –Sancho Ramírez, Pedro I y Alfonso I, fundamentalmente, aunque también a Jaime I en la conquista del reino de Valencia– una política militar poco menos que genuina fundamentada en la construcción de castillos y *contracastillos*. Y, aunque se trata de una práctica que ha sido identificada a lo largo de toda la Edad Media, parece un rasgo definitorio de este periodo en la reconquista del valle medio del Ebro. Pero, estrictamente hablando, a nuestro juicio, esta estrategia –de la cual hablaremos largo y tendido en el epígrafe siguiente– forma parte de un planteamiento de mayor envergadura todavía. La construcción de puntos fortificados para controlar, bloquear o expugnar los castillos, ciudades o plazas fuertes del enemigo debe entenderse como parte integrante de una estrategia que nosotros denominamos *cercos territorial* o *desconexión territorial*.

Se trata de un complejo entramado de acciones ampliamente usado durante este periodo y que responde, en cierto modo, a las propias características y capacidades militares de los ejércitos medievales. La incapacidad por reunir ejércitos numerosos –y mantenerlos durante los largos periodos que podían aguantar las plazas fuertes sin necesidad de ser abastecidas– o de hacer capitular ciudades mediante contundentes y definitivos medios poliorcéticos coadyuvaba la urdimbre de estrategias de aproximación indirecta de esta índole. El único modo de rendir una *madina* o plaza fuerte era desconectarla, por un lado, del centro de poder –para evitar que fuera socorrida– y, por otro, de su propia capacidad para autoabastecerse o defenderse reorganizando o atrayendo efectivos. Por último, y no menos importante, el cerco territorial ejercía una función de desgaste psicológico sin precedentes, lo que la convertía en la estrategia de aproximación indirecta más efectiva.

Ahora bien, no es menos cierto, sin embargo, que todas estas acciones de aproximación indirecta parecen haberse circunscrito a simple vista a una política castral, donde los castillos habrían copado la primera línea argumental en importancia de un régimen estratégico que no solo dependía de ellos para poder materializarse. Como ya se ha desarrollado en múltiples ocasiones, los ejércitos medievales ampararon la naturaleza de todas las acciones militares por me-

dio de una castralización permanente del territorio, pero, a pesar de ser la clave en este tipo de estrategias, estas no solo podían llevarse a cabo jalonando el paisaje de fortalezas conectadas visualmente entre sí. De igual modo, el control de un territorio enemigo tampoco podía vincularse unitariamente a la guerra de desgaste. Para poder desconectar un espacio o distrito concreto del enemigo era necesario aunar una serie de acciones concatenadas, como eran: el control territorial y visual mediante los castillos y también la depredación controlada, pero, de igual modo, el bloqueo de vías, caminos, ríos y cursos de aguas; la inteligencia; la vertebración de vías de suministro que mantuvieran el propio cerco –considerando que este se resolvía con guarniciones operativas pero disgregadas–; el mantenimiento de exploradores que otearan un posible socorro del territorio cercado y la disposición de guarniciones permanentes con capacidad de respuesta por si el propio distrito desconectado respondía militarmente al bloqueo. Además, era necesario disponer de capacidad de leva u organización de tropas que pudieran, en el mínimo tiempo posible, responder ante un eventual movimiento de socorro por parte del centro de poder del enemigo, de aliados o de otros distritos contiguos con posibilidad de respuesta militar.

El modelo de desconexión territorial precedente al pergeñado por los príncipes cristianos lo encontramos, precisamente, en sus propios enemigos. Para afianzar su imperio y someter a obediencia a los rebeldes hispanos, Abd al-Rahman III estableció un sistema de estrategias muy complejo –que merecería un estudio desde una perspectiva estrictamente militar– que enraíza poderosamente con los modos posteriores de hacer la guerra en la Península, en concreto en el valle del Ebro. Entre 919 y 920, en la guerra contra el rebelde Umar ibn Hafsun, sometió a *cercos territorial* la plaza de Belda –seguramente Antequera–. Para ello, aprovechó la maduración de las cosechas justo antes de su recogida y empezó por esquilmarlas ante la vista de la plaza. Luego erigió un castillo de aproximación en la peña de ‘Udan para vigilar la urbe, que conectó mediante almenaras con los castillos ya existentes de ‘Isam y Benamejía, y bloqueó vías y caminos «de manera que cercó a la fortaleza de Belda, estrangulando a su población».

## CAPÍTULO 10

# AL-MURABITUN. LA VERDADERA ECLOSIÓN DE LO MILITAR



Ibn Jaldún reconoce cuatro razones para hacer la guerra. La primera tiene su origen en la sed de venganza. La segunda en el espíritu de violencia y de hacer daño injustificadamente. La tercera es por razón de guerra santa –yihad–. Y la cuarta se origina cuando un imperio debe usar la fuerza para restablecer su autoridad o reprimir una revuelta no justificada. De las cuatro, admite, son solo las dos últimas las legítimas. En el crepúsculo del siglo XI, Yusuf ibn Tasufin cruzó el Estrecho por primera vez para entrar en la península ibérica.

Tras la conquista de Toledo por Alfonso VI en 1085, tuvo lugar el episodio de la llamada de algunos reinos taifa a los almorávides norteafricanos y la posterior batalla de Sagrajas/Zalaqa. A partir de 1090, el Imperio almorávide sojuzgó a los poderes taifas peninsulares, uno a uno, excepto a Zaragoza. Esta transigencia tuvo su causa en la situación del reino zaragozano; la función de Marca Superior que este territorio había representado en el pasado era de nuevo una prerrogativa que los velados quisieron aprovechar. En cualquier caso, en 1110, los consejeros del emir Alí ibn Yusuf le conminaron a hacerse con el reino de los Banu Hud, dado que estos mantenían tratos con los cristianos. De nada sirvió la carta que el último rey, Abd al-Malik Imad al-Dawla, escribió al emir para disuadirlo. A pesar de que este decidió en última instancia no tomar la ciudad blanca, sus partidarios en ella ya habían conseguido destronar al último rey hudí. Los almorávides instalaron desde ese momento

Representación de peonía y caballería islámica. *Beato de Urgel*, iluminado en 975. Se conserva en el Museo Diocesano de Urgel, en La Seo de Urgel, Lérida. Consta de siete folios numerados con cifras romanas y otros 243 con numeración arábiga.

a Muhammad ibn al-Hâyy, gobernador de Valencia, al frente de Zaragoza.

Pero poco podía hacerse para refrenar la pujanza del ejército internacional de Alfonso I el Batallador. Tan solo ocho años duró el gobierno norteafricano. En 1118, la capital caía a manos del rey de Aragón y las ciudades de la vertiente derecha del Ebro, en los cursos del Jiloca y el Jalón, hicieron otro tanto en los años sucesivos.

Durante estos años los almorávides emprendieron campañas de hostigamiento hacia los reinos cristianos para tratar de empoderar al islam y revertir la balanza militar. No es menos cierto, no obstante, que el protectorado que el Cid había establecido en Valencia en los años anteriores, unido a la abigarrada actividad militar en Levante en este sentido, disuadieron en buena medida los esfuerzos bélicos norteafricanos, que acusaron en más de una ocasión su incapacidad para mantener largas campañas militares lejos de sus plazas fuertes y centros de aprovisionamiento. En 1114, sin Rodrigo Díaz ya en Levante, los velados penetraron en el territorio del conde de Barcelona para devastarlo y aconteció la batalla de Martorell. Las implicaciones y la gravedad fueron de tal trascendencia que hasta el propio conde estuvo a punto de abortar la conquista de Mallorca para retornar a la Península. En 1120, los almorávides respondieron a la pérdida de Zaragoza armando un contingente formado por bereberes norteafricanos y andalusíes que ascendió hasta el valle del Ebro. El encuentro con el ejército del Batallador dio lugar al hecho de Cutanda, seguramente, el acontecimiento bélico de mayor trascendencia en el siglo XII en la parte nororiental de la Península y que significó, a la postre, el declive del poder almorávide y sus esperanzas de ampliar o mantener con reservas su dominio en el norte.

A la hora de abordar el modo de hacer la guerra en el valle del Ebro y el Levante por parte del islam se nos ofrece una jugosa cuestión. Las fuentes nos proponen la posibilidad de reflexionar acerca de que la naturaleza militar de andalusíes y almorávides poseía no pocas diferencias.



**Contacto y entrevistas:**

Guillermo Escribano Jara - Comunicación

Tel. 616 404 434 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



DOSIER DE PRENSA

